

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Fernando Ocaranza

Sillón: 6

27 de febrero de 1950

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Federico Gómez de Orozco

Los Frailes Menores y los Indios en los siglos XVI y XVII*

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR ACADÉMICO DOCTOR DON FERNANDO DE OCARANZA, LEÍDO EN LA SESIÓN DEL 27 DE FEBRERO DE 1950.

De una manera inesperada recibí mi nombramiento como miembro de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, aplazando, sin embargo, mi ejercicio como socio activo, hasta que llegase la confirmación de la Sociedad matriz. Al mismo tiempo, supe que substituiría al Padre Mariano Cuevas, que había fallecido recientemente; esta noticia, aunque parezca paradójica, me llenó de satisfacción, pues lo había conocido y tratado, en tanto que ambos hacíamos nuestra investigación en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Él, sobre historia de México, en general; yo, acerca de la historia de la Orden de los Frailes Menores. El hecho de encontrarnos con frecuencia en aquel sitio y de platicar en cortos momentos, creó entre los dos, una amistad, que se verá expresada más tarde en la dedicatoria que le sirvió para ofrecermela, el tomo quinto de su Historia de la Iglesia en México y con el cual, yo esperaba completar la serie de cuatro tomos que ya poseía, desde tiempo atrás. De tal manera, que substituiría en la Academia Mexicana de Historia, correspondiente de la Real de Madrid a una persona, que ella misma, me había titulado amigo suyo.

Difícil ha de ser para mí y más bien imposible, revisar aunque sea, superficialmente, el trabajo histórico que llevó a cabo el P. Cuevas que, sin embargo, me atrevo a clasificar en tres grupos: los tratados de historia, la investigación y la polémica, la cual solía adquirir en él, un aspecto muy peculiar, dependiente del carácter vivaz que poseía.

Al primer grupo pertenecen la Historia de la Iglesia en México, terminada e impresa en el año de 1921, la cual, a pesar de los cinco tomos de 500 páginas que la forman, hubiera preferido su autor llamarla, sencillamente, "*Apuntes o ensayo sobre la Historia Eclesiástica de México*". El último tomo fue impreso en El Paso, Texas, mientras los cuatro primeros, lo habían sido en Tlálpam, D. F., en la imprenta del asilo "Patricio Sanz".

* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Tomo LX, abril-junio 1950, No. 2, pp. 171- 187

Creo que en el curso de nuestras pláticas le informé que carecía del 5º tomo, por lo que se sirvió enviármelo, amparado con una dedicatoria corta y afectuosa; dice así: "Para mi buen amigo el Dr. Fernando Ocaranza, M. Cuevas, S. J. Mexº 26 de Jun. de 1939", y con una tarjeta que dice lo siguiente: "26 Jun. 39. Mariano Cuevas, S. J. saluda a su buen amigo el Dr. Fernando Ocaranza y le envía el 5º tomo de la Historia de la Iglesia en México". Este 5º tomo tiene una dedicatoria que no resistimos a transcribir: "*Mexicanis pro Christo rege, deo nostro, martyribus. —In memoriam pie deprecans D.D.O. —Marianus Cuevas e Societate Jesu*".

Coloco, asimismo, entre los tratados históricos escritos por el P. Mariano Cuevas, a su Historia de México, que tiene de particular comenzar por la conquista que del país realizó don Hernando Cortés, prescindiendo de la prehistoria y de la historia antigua de nuestra patria, esto mismo, de acuerdo con el concepto que sostenía: México con el nombre de Nueva España, se formó al terminar la conquista efectuada por los españoles; antes, no existía, la formaban países o tribus diversas, entre las que se contaban, el Anahuac, Tlaxcala, Cholula, Michoacán, el país de los chichimecas al norte y más distantes aun, diversos grupos entre los cuales, convendría citar a la gran familia pima-ópata-sonorense; es decir, el territorio que ocupó Nueva España, más grande que el actual, estaba formado por países diversos entre los cuales, no cabe duda, era más poderoso el de los mexicanos. De ahí que la Historia de México, debe comenzar, en concepto del P. Cuevas, con la conquista de los diversos lugares y la constitución de la Nueva España, llamada México, al consumarse su Independencia.

De entre los trabajos de investigación, considero como valioso el Testamento de Don Hernán Cortés que descubrió el Padre Cuevas en el Archivo General y Público de la Nación y, en "el lote (inmenso lote) que sin catalogar existe en la benemérita referida institución", "en un becerro" procedente del Arzobispado de México, e intitulado "el promotor fiscal del Arzobispado de México contra los bienes y albaceas del Marqués del Valle", y escrito en letra procesal decadente, de media cadenilla, se encuentra el famoso testamento y última voluntad del primer marqués del Valle de Oaxaca".

Acerca de los escritos de polémica del Padre Mariano Cuevas, ya expresé mi opinión y por ello, no agrego una palabra más.

Fray Martín de Valencia mandó construir como anexo indispensable para cada convento de frailes menores, un salón que sirviese, durante cada día, como lugar donde fueran enseñados los indios en las materias elementales que consistían en leer, escribir y mostrarles los cantos religiosos y durante la noche para rezar y dormir. Los internados que fueron organizados en esta forma, bien pronto produjeron hombres hábiles que más tarde se convirtieron en alcaldes y gobernadores.

Los estudiantes de dichos lugares, eran copiosos y hubo algunos que contuvieron las cifras crecidas de seiscientos, ochocientos y aun, mil alumnos, cuyas madres tenían a su cargo lavar las ropas, coserlas y hacerles distintas cosas de las que necesitaran.

Esto sirvió a los franciscanos para conocer a los indios y enterarse, puntualmente, de sus virtudes y defectos.

Un hecho que refieren sus cronistas con la mayor ternura, atañe a don Martín, que fue señor de Huaquechula quien, atento a la pobreza y escasez en las prendas de vestir de los frailes franciscanos, hizo que algunos indios de sus tierras, aprendieran a elaborar el sayal, utilizando como maestro, algún sayulero de la ciudad de México. Lo encontraron con cierta rapidez y una vez enterados, abandonaron la ciudad "sin despedirse del español" y tomaron rumbo bien provistos de "hacecillos de varas que tenían las medidas que habían tomado". Pero regresaron a Huaquechula y tan pronto como llegaron, dieron los pasos para fundar el primer taller y desde aquella fecha, se convirtieron en maestros para fabricar tejidos de aquella burda tela.

El procedimiento a que recurrieron los indios para la confesión de sus pecados, fue distinto, según los pueblos y los frailes franciscanos que andaban catequizando. Algunos, fueron orales y para ponerlos en práctica, recurrían a la lectura de los "mandamientos de la ley de Dios" y a los de la "Santa, Iglesia", es decir, de la Católica, Apostólica Romana; otros recurrían a la pintura y para el caso, dibujaban en caracteres convencionales, que sólo ellos entendían; pero que llegado el caso, les servían, admirablemente, para declarar lo que deseaban; los que sabían escribir, los anotaban con toda su particularidad y circunstancias. Se cuenta, por otra parte, que la confesión, era el acto de los neo-religiosos que practicaban con la mayor devoción y puntualidad, como si con ello, desearan confundir a los antiguos creyentes que "casi por miedo o por vergüenza, se van a confesar". Para el efecto, llegaban por los caminos,

montañas y lugares "despoblados", "mil y dos mil indios sólo por confesarse dejando desamparadas sus casas y haciendas".

Alguien ha dicho que los indios tienen una tendencia natural hacia el robo y los franciscanos que no negaban esa tendencia; en cambio, afirmaban que fueron muy capaces de restituir lo que robaban.

Durante los tiempos en que los señores permanecían infieles, acostumbraban poseer esclavos, que compraban y vendían, y, durante la conquista tuvieron especial cuidado en atender a una cédula real de Carlos V, en la cual, "el muy católico y benignísimo Emperador", eximía a los indios de soportar tal servidumbre. La dirigió a los conquistadores y pobladores; pero los caciques y los señores indígenas plantearon, su inmediato acatamiento.

Otro punto de la moral cristiana consistió en "perdonar las injurias y pedir perdón a quienes han ofendido". Muchos lo acataron y con mayor rendimiento, que los cristianos de Oriente que llegaban al país urgidos por el deseo de conquistar el país y apoderarse de su oro y otras riquezas, en lugar de evangelizar a los pueblos indígenas pobladores de América. Más todavía, no faltaron algunos que juntaban "a toda su parentela y vecinos" a quienes pedían perdón, por si acaso los hubieran ofendido alguna vez. Y, aparte de pedirles que aplacaran sus corazones, ofrecían colación a los ofendidos, consumando el acto con un abrazo que les daban para terminar la ofensa y quedar en mejor situación.

La religiosidad de los nuevos conversos adquiría una gran magnitud y por esto, ayunaban a pesar de ser "flacos y pobres"; las mujeres, aun durante la crianza de sus hijos y en los tiempos de su preñez accidentada y en su afán por ejercitar la caridad, preguntaban con frecuencia: "¿A cuántos pobres tengo que dar mantas?, y ¿a quiénes obsequiar la comida en los días festivos?"

Con gran conformidad, esperaban la muerte, tanta, que los franciscanos se apresuraban a explicar que tal acto no dependía del estoicismo tan propio de su raza sino "por estar despegados de los bienes y cosas de la tierra" y hallarse convencidos de la brevedad que tiene la vida. Sin embargo, se resistían a curar en los hospitales, con excepción de los indios de Michoacán que acudían a ellos con prontitud y grandísimo concierto.

Refieren los franciscanos en sus crónicas, la gran devoción que tuvieron los indios por su Orden, y lo era tanta, que pedían con frecuencia, llegaran a ellos y cuando los mismos franciscanos se reunieran en Capítulo, era de verse la gran cantidad de indios que acudían al convento señalado para efectuarlo. Y acudían ahí, pretendiendo llevar a los frailes hasta sus pueblos más o menos lejanos y con el fin de animarlos al viaje "les ofrecían presentillos de aves, pan y frutas de muchas maneras, miel y pescado" y de otras cosas "que hacían de sus tierras".

Cuando no conseguían su propósito, volvían "desconsolados y tristes" y en el caso de obtenerlos, había muchos que se adelantaban "para dar la nueva y ganar las albricias", ofrecidas por los vecinos de los pueblos, los que salían a recibirlos, "barridos los caminos" y llenos de flores y aun "con músicas y bailes de gran regocijo".

Los franciscanos acomodábanse en casas humildes, en tejabanes y enramadas; pero los indios se apresuraban a construir para ellos, "casas de cal y canto", que algunos terminaban "con maravillosa brevedad".

Los pueblos abundaban y los franciscanos llegaban a ellos, "muy de tarde en tarde". Por esto mismo, los indios frecuentaban los capítulos, para invitar a los frailes a seguirlos usando para ello, de "una increíble perseverancia".

El reducido número de frailes que por entonces venían a la Nueva, España, obligó a los prelados superiores de la Orden, a reducir el personal en los conventos establecidos, a prescindir de proyectos sobre nuevas fundaciones y a convertir en vicarías, servidas por algún guardián, varios de los que fueron conventos famosos, con todo y el corto tiempo de su existencia. Uno de los afectados, fue el convento de Cuautitlán, "pueblo grande y de mucha autoridad en aquellos tiempos", lo cual fue motivo para que clamasen los indios sus habitantes. Otro tanto sucedía en Xochimilco, "uno de los mejores pueblos de la Nueva España con título de Ciudad", que durante algunos años tuvo el de Vicaría, dependiente del Convento Grande de San Francisco de México, y cuando los indios fueron enterados de la disposición particular, pretendieron formar reunión en la Iglesia, donde no cupieron porque se trataba de una cantidad estimada en diez mil hombres y todos "de rodillas" o postrados", iniciaron un "clamoroso llanto" para que no los abandonaran sus frailes franciscanos.

Lo mismo sucedió en Cholula, en Cuautinchán, en Tehuacán y Teotitlán, a las veces con carácter violento, cuando frailes agustinos, y dominicos pasaron a ocupar diversos conventos que por disposición papal ó real, debían ceder los frailes franciscanos para quienes fueron construidos; ahí habían pasado los años de prueba en aquel siglo, al que García Granados llama con justicia, el siglo de oro de la Nueva España.

El empeño de los frailes franciscanos no consistió en mostrar a los indios la lectura, la escritura y el canto, sino les enseñaron artes y oficios, por los que manifestaron un gran interés y tanto más, cuanto que fue reconocida su gran facilidad para aprenderlos y la gran presteza que demostraban al efectuar todos los actos de la vida humana. Para ello, disponían de los oficios: habían aprendido desde los días de gentilidad y que perfeccionaron bajo el mando de los artífices y alarifes que llegaron de España. Ya disponían de "grandes escultores que labraban cuanto querían en piedra, con guijarros y pedernales", lapidarios que hacían pequeñas figuras de muy distintas formas, carpinteros, talladores, pintores y artistas de la pluma. Además, los que asentaban de mil maneras hojas y flores, formando con engrudo figuras y mosaicos que servían de adorno para las esteras de las casas; los que fabricaban navajas de obsidiana, "aquella piedra negra que es cuasi como el azabache y dura como el pedernal"; seguían procedimientos que los cronistas se complacían en relatar hasta en sus ínfimos detalles. Uno de los primeros lugares donde los indios aprendieron los nuevos oficios, fue el solar de San Francisco, donde Fray Pedro de Gante "primero o principal maestro e industrioso adestrador de los indios" levantaba la capilla de San José de los Naturales, contigua al Convento Grande de San Francisco.

Pero el padre Gante no se conformó con fundar una escuela de niños para enseñar la Doctrina y de ahí que formara una escuela destinada a los jóvenes para instruirlos en los oficios que traían los españoles y también para perfeccionar los ya conocidos desde los tiempos de sus abuelos. Primero los ejercitó en los oficios comunes, y de ahí salieron sastres, carpinteros, zapateros; más tarde los instruyó en las artes plásticas y así formó los talladores de piedra.

Los talladores de oro desalentaban a los indígenas, contándoles que necesitarían cinco o seis años para saber su oficio; pero los más ansiosos no quisieron esperar y en el término de un año aprendieron el oficio; para conseguirlo, espiaban "las particularidades y aun contaban los golpes que daban con el martillo y donde herían, y como volvían y revolvían el

molde". Además, se apoderaron del "librito" del maestro, de lo que pudo enterarse hasta el mismo día en que lo devolvieron. Fray Pedro de Gante se holgaba de que los indios hicieran estas travesuras, con motivo del espionaje que practicaban los indios al artista que hacía los guardamecías, Fray Gerónimo de Mendieta cuenta estas palabras proferidas por los mismos indios: "Padre, dinos a dónde venden esto que traemos. Que si nosotros lo habemos por más que el español se nos esconda, haremos guardamecías y les daremos el color dorado y plateado de los maestros de Castilla".

Y así, usando de mañas parecidas, pudieron fabricar sillas a la gineta y adquirieron el oficio de fusteros.

Un lego italiano, al que llamaban Fray Daniel, enseñó a bordar a los de México, Jalisco y Michoacán y muchos ornamentos muy vistosos que pertenecieron a conventos de las mismas provincias, fueron hechos por sus manos y las de sus discípulos los indios.

La primera bóveda que estos mismos vieron construir, fue la de la vieja iglesia de San Francisco de México, la que fue labrada por un cantero de Castilla. Se maravillaron de tal procedimiento de construcción que desconocían y pensaban "que al quitar los andamios y la cimbría, todo habría de venirse abajo" y grande fue su sorpresa cuando la miraron firme; pero algún tiempo después, los mismos indios hicieron "dos capillas con bóvedas que todavía duran en el patio de la iglesia de Tlaxcala".

Muchos se dedicaron con ahínco a la lectura y la escritura, procurando saber la mayor extensión del idioma castellano, a la vez que emprendían el estudio del latín. Magníficos pendolistas resultaron algunos, y refiere Mendieta que durante su viaje a España, en el año de 1570, llevó un ejemplar del "CONTEMPTUS MUNDI", vertido en lengua mexicana y escrito con letra de indio "tan bien formada, igual y graciosa" que fue admirada por don Juan de Ovando presidente del Consejo de Indias, que solicitó el libro con todo rendimiento para ofrecerlo a Felipe II, bibliófilo magno.

Aprendieron otro género de escritura, el de pauta y nota, aplicables al canto llano y al órgano. Entre los artículos de enseñanza rudimentaria, difundida por Fray Pedro de Gante, encontrábase el canto como una materia principal, para la que tuvo la colaboración más cumplida en Fray Juan Caro, "viejo y venerable sacerdote".

Los indios no se conformaron con tocar y tañer los instrumentos musicales; también los fabricaron. Los primeros fueron flautas; después, hicieron chirimías, más tarde, orlos y vihuelas de arco y por último, "cornetas y bajones".

En resumen, no hubo género de música que los indios no tuvieran y usaran en "los pueblos principales y aun en muchos no principales". Labraban todo a tal punto, que llegó un día en que no hubo necesidad de traerlos de España. Todos estaban destinados para las ceremonias religiosas y su número fue tal, según afirma Fray Gerónimo de Mendieta que no hubo "en todos los reinos de la cristiandad (fuera de las Indias)" "tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trompetas y atabales, como en este reino de Nueva España".

No dejaron de construirlos "para solaz y regocijo de personas seglares" y de sus manos también salieron: "rebeles, guitarras, cítaras, discantes, vihuelas, arpas y monocordios".

Todo este afán por enseñar al que correspondía un gran entusiasmo por aprender, tuvo la consecuencia de ampliar el estudio de los indígenas, Después de la lectura, la escritura y el canto; más tarde, las artes y los oficios, vino como si fuese un camino natural la fundación del Colegio de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco.

El primer maestro de gramática que tuvieron los indios fue Fray Andrés de Bassacio, francés de origen, "doctísimo varón y gran lengua de los indios". Profesó en la escuela que Fray Pedro de Gante, junto a la capilla de San José de los Naturales, en el convento grande de San. Francisco de México y su enseñanza significó un adelanto muy perceptible en la calidad de la escuela y esta, aparte de otras circunstancias, obligaron al virrey don Antonio de Mendoza para contribuir, a la construcción del edificio donde quedara instalado el Colegio de Indios de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco y el día en que esto ocurrió, una procesión salió de San Francisco en la que figuraban personas muy principales como fueron don Antonio de Mendoza, conde de Tendilla y virrey de la Nueva España, don Fray Juan de Zumárraga, obispo de México y don Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo y presidente de la Real Audiencia de México. En aquel día fueron predicados tres sermones, el primero, "antes de que saliese" de San Francisco; el segundo, lo dijo Fray Alonso de Herrera, en la hora de celebrar la misa en la iglesia de Santiago; y el tercero Fray Pedro de Rivera, en el refectorio del. Colegio, pues bueno será saber que ahí "comieron aquellos señores a costa del buen obispo Zumárraga".

Fray Gerónimo de Mendieta calificó a los tres predicadores como "hombres muy doctos y de mucha autoridad". "El dormitorio permanecía alumbrado toda la noche y era recorrido de tiempo en tiempo por guardianes, con el fin de conservar la quietud y el silencio y, también, la honestidad".

Los estudiantes levantábanse al toque de prima para concurrir a misa; pero regresaban al Colegio, inmediatamente, a fin "de oír las lecciones".

"Tuvieron Gravísimos maestros" entre los que se cuenta a Fray Arnaldo de Bassacio y Fray Bernardino de Sahagún, primero y segundo profesor de latín; a Fray Andrés de Olmos y a Fray Juan de Gaona, calificado de "doctísimo", que profesaba en las materias de retórica, lógica y filosofía, aparte de que, todos eran excelentísimas lenguas mexicanas. Sin embargo, y como dice muy bien Fray Jerónimo de Mendieta, "ninguna cosa hay en este mundo, por buena y provechosa que sea, que deje de tener contradicción" y por esto mismo, tanto el Colegio como la enseñanza de latín, encontraron muchos opositores. El Colegio de Santiago Tlatelolco, a pesar de todo, tuvo sus "tiempos dorados", que corresponden al virreynato de don Antonio de Mendoza y don Luis de Velasco "el Viejo". Pero a la muerte del emperador Carlos V, desapareció toda ayuda material y moral para el Colegio. Los virreyes que siguieron a don Luis de Velasco, sintieron gran "disfavor por el Colegio de Santiago Tlatelolco" y aun expresaron "el deseo de querelle quitar lo poco que tenía".

Esto dependió de que ahí se moldeó el carácter de algunos indios, que no se conformaron con saber leer y escribir, sino siguiendo el ejemplo de don Antonio Valeriano, "indio gobernador de la ciudad de México", aprendieron latín, lógica y filosofía y algunos indios, conocieron el latín con gran extensión, más todavía que varios clérigos españoles recién llegados a la Nueva España.

El convento de San Francisco de Puebla, se sostenía con "las sobras del monasterio de Cholula", uno de los que más protegieron los indios y el Convento y Colegio de Santiago Tlatelolco, recibía cuantiosas limosnas de la misma procedencia indígena, a un grado tal, que pudo sustentar un "gran concurso de religiosos y moradores y huéspedes". El convento grande de San Francisco de México recibía continuas ofrendas "de pan vino carne y otras cosas", contándose como donación extraordinaria, la correspondiente al día de la Conmemoración de los Difuntos en el año de 1570, que consistió en "más de cinco mil panes de canilla y tres o cuatro mil candelas, y veinticinco mil arrobas de vino (que para la tierra de Indias es mucho) y gran cantidad de gallinas y muchos huevos y tanta fruta de Castilla y de la tierra de todo

género, que con trabajo se pudo acarrear a la refilotería con repartir gran parte de ella a los pobres que llegaban a pedirla y esto ha sido ordinario todos los años".

En tanto que los indios tenían la ocupación "de matar reses y cortar carne a los españoles", adquirieron el compromiso de presentar como limosnas al Convento grande de San Francisco, "los menudos de vaca y de carnero" que los frailes habían menester, limosna que ofrecían todos los sábados y en las fiestas santorales.

Fray Jerónimo de Mendieta recordaba un viejo refrán español: "quienquiera a Beltrán fé, quiere bien a su pan"; a propósito de la fé con que miraban los indios a las ceremonias rituales y lo recordaban con motivo de que mandaban formar oratorios en sus propias casas, con el fin de colocar las imágenes que adquirían y exhibirlas en las procesiones montadas en andas construidas con tendencias francamente artísticas.

Los mismos indios celebraban las fiestas santorales imprimiéndoles una gran solemnidad, así como las que en cierto modo se hayan vinculadas con las cosmogonías las teogonías. Concentraban también su atención en las fiestas pascuales y para ellas, los campos y los jardines de Anahuac, les ofrecían los adornos con los que llenaban los altares y alfombraban los pisos. Los franciscanos, por su parte, no salían de su asombro cuando fueron enterados de que había rosas en Indias durante todo el año y clavellinas había tantas como no existían en alguna otra parte del mundo. Del mismo modo, los campos estaban llenos de trébol, así como de yerbabuena y de otras plantas olorosas.

Las vísperas fueron motivo para un gran alboroto; cantaban y bailaban al modo antiguo y estas fiestas eran, seguramente, una reminiscencia de los cantos rituales y de las fiestas solemnes que acostumbraron durante los días ya pasados de su gentilidad y en la Noche de Navidad, fiesta cósmica por excelencia, encendían grandes luminarias en el atrio de las iglesias y en el techo de las casas.

La Candelaria es la fiesta de la purificación y los indios traían gran cantidad de ceras a bendecir, que guardaban después ya fuese para atender a los moribundos, o bien, para librarse de los peligros del rayo, el trueno y el demonio.

En el Domingo de Ramos, adornaban el frente de las capillas y lo hacían, con ramos de oliva, salpicados con rosas blancas, pálidas o rojas.

Los frailes indianófilos de la Orden de San Francisco de Asís, admiraban sobre todo, las que consideraban como virtudes capitales del indio y ellas fueron: la mansedumbre, la sencillez y la pobreza, las cuales, explicaban comparándolas con los vicios y defectos contrarios de los españoles.

Fuente de información, Fray Jerónimo de Mendieta. — *Historia Eclesiástica Indiana*. — México. — Antigua Librería. — Portal de Agustinos núm. 3.-1870.

Contestación al discurso anterior

Por don Federico Gómez de Orozco.

Excelentísimo Señor Director de la Academia, Señores Académicos, Señoras y Señores.

Al recibir en el seno de nuestra corporación al por muchos motivos ilustre señor doctor don Francisco Ocaranza, me ha tocado el honor de ser yo quien en nombre de esta Academia le dé la salutación de bienvenida. La decisión de nuestro excelentísimo Director al confiarme ese cargo, me permite expresar una vez más y en público, la muy buena opinión que tengo de nuestro compañero como acucioso investigador, infatigable escritor de recto y sereno juicio, cualidad que en quien se dedica a escribir historia, es sin duda la primera y más apreciable norma para consolidar su prestigio y afirmar su personalidad de crítico honorable.

Enamorado de la historia y devoto de su estudio por vocación, propia, el doctor Ocaranza ha sabido extraer de ella todo lo que tiene de humano para analizar la raíz de muchos hechos y deducir los móviles que animaron a esas figuras que forman el campo de su investigación.

El médico sin duda por la índole de su profesión está más cerca de conocer y entender la condición humana en lo que tiene de congénita en el individuo, ya como resultado de sus estados patológicos, o de taras y atavismos que la herencia trae aparejados sin que en muchos casos quienes la padecen se den cuenta que están bajo su ineludible influjo.

Ese trato íntimo y constante que el médico ha tenido con el que sufre las penas y dolores de la vida, le despertó sin duda su admiración y afecto por aquel otro médico de almas, que recorrió el mundo de su época derramando el bálsamo de su amor y caridad cristiana, San Francisco de Asís.

Amando al padre por sus cualidades y siendo los hijos de no desmentida índole de su progenitor, en él y en ellos se afirmó más y más su admiración e interés y esto explica por qué el doctor Ocaranza ha hecho objeto de sus preferencias en su labor histórica, la obra franciscana en lo que fue un día la Nueva España.

Con los inherentes deberes de sus múltiples cargos, con el ejercicio de su profesión, con el cumplimiento de su vida social apenas se puede creer que tenga tiempo nuestro compañero, para investigar en viejos archivos revolviendo empolvados papeles de los que extraerá datos y noticias que han ido formando apretadas colecciones de muy importantes Documentos Franciscanos.

La compilación de tales papeles, es por sí un buen servicio prestado a nuestra historia documental, pero como además de su publicación, el compilador pone notas, subraya importantes aspectos, y exhuma nuevas y desconocidas noticias que dan a conocer no sólo la obra doctrinaria de los frailes menores, sitio también la ingente labor por ellos realizada al contribuir eficazmente en los momentos en que se integraba nuestra nacionalidad a poner no pocas piedras básicas en el grandioso edificio social de la Nueva España, dando de paso casi completa solución al problema más trascendental de entonces, la incorporación de la raza indígena a la civilización y a la cultura de tipo occidental, sin olvidar que ahí también cabían muy buenas porciones de la cultura autóctona.

En el discurso que acabamos de oír se señalan y detallan los múltiples trabajos y afanes de los franciscanos en sus métodos de doctrinar e instruir al indígena poniendo de manifiesto que si los preceptores desplegaban en ello toda su capacidad aplicando como vulgarmente se dice, sus cinco sentidos, los doctrinados supieron corresponder con creces a esos propósitos, demostrando que eran no sólo dignos de la atención que se les prestaba, sino que con su aplicación y en empleo de sus dotes personales también sabían estimular y complacer grandemente a sus maestros.

Quien a tareas pedagógicas ha consagrado algunas energías de su vida, sabe cuan reconfortable es ver reflejado en el discípulo el afán por el estudio y su asimilación, como una justa compensación al mentor, quien encuentra que no ha sido inútil, ni estéril su trabajo de impartir con todo afán los pocos o muchos conocimientos que posee.

Ya los mismos cronistas se complacen en decirnos la aptitud manifiesta de los indios para aprender artes y oficios, de los que les bastaba a los aprendices ver cómo se hacían las diversas manipulaciones y sin recibir explicación alguna, con la simple observación personal podían ellos más tarde repetir lo visto para salir expertos en la ejecución de la obra mecánica.

Si tal era su pericia en esa forma de aprendizaje, considérase lo que podían hacer cuando no sólo se ejecutaba a su vista el trabajo, sino también cuando a esa enseñanza se agregaban explicaciones y se les hacía observaciones pertinentes, como ocurría con la escritura, de técnica más complicada desde luego.

Como un testimonio de la capacidad caligráfica del indígena, quedan pruebas evidentes en preciosos manuscritos salidos de manos de los primeros educandos de la escuela de San José fundada por el lego Fray Pedro de Gante en un anexo del Convento de San Francisco de México, manuscritos que los americanistas agrupan en una serie de códices llamados de tipo Techialoyan, por haber sido el referente a tierras de ese pueblo del hoy Estado de México, el primero que se estudió y publicó, cabiéndome la satisfacción de haber sido yo el iniciador de su estudio.

Otra prueba palmaria de esa habilidad entre los indios, son los preciosos manuscritos de la obra históricoetnográfica de Fray Bernardino de Sahagún. Así como otros muchos manuscritos procedentes todos estos, como aquella, de los pendolistas del Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, emporio de la cultura indígena en la primera mitad del siglo XVI.

Imagínese pues mi emoción al tener en mis manos una de las muestras de la pericia indígena, a la que hace pocos momentos aludí el Dr. Ocaranza en su discurso, el ejemplar del "*Contemptus Mundi*", "vertido en lengua mexicana y escrito con letra de indio", que el cronista Fray Jerónimo Mendieta llevó a España en 1570 y al mostrarlo al Señor Presidente del Real Consejo de Indias don Juan de Ovando le agradó tanto, que no pudo menos que pedirlo al Franciscano para obsequiar con él al Rey Felipe II que tanto amaba los libros.

Y allí está todavía en la regia librería del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, entre los miles de manuscritos que dan testimonio elocuente de la exaltada pasión bibliográfica del monarca español a que antes aludí.

Insigne presea de la cultura a que en el mismo siglo de su conquista llegaron los mexicanos aborígenes, creo que merece una somera descripción ya que a lo que yo sepa, nadie se ha ocupado de tan curiosa como importante muestra del arte mexicano, porque en verdad desde el punto de vista estético, ese códice es una verdadera joya.

Es este códice un pequeño libro de 147 x 102 milímetros, empastado en piel de color sepia, que ostenta en ambas cubiertas por la parte exterior, en realce, un óvalo con una parrilla al centro, superlibris emblemático de aquél monasterio de San Lorenzo, santo que como se sabe fue martirizado asándolo sobre una parrilla.

Consta este pequeño manuscrito de 176 folios cuyos cantos dorados, muestran ya un poco deslucidos el correr de los años. Tiene en el canto del frente escrito con letras mayúsculas, el título, abreviado. "*De Imitatione Chri[sti]*". La razón de tener allí el título y no en el lomo del libro, obedece a que en aquella librería, los libros, con los cantos dorados en su mayoría, están colocados con los lomos hacia dentro, presentando en su conjunto una gran plancha dorada en la que aquí y allá se ven esparcidos los títulos de las obras, pues no todas los tienen, como ésta a que me refiero. Los 176 folios de este manuscrito, latino mexicano están distribuidos como sigue: 3 de guarda al principio sin numerar, 171 con numeración arábiga moderna, puesta con lápiz, y 2 folios finales, de guarda sin numerar, teniendo en la vuelta del segundo una rosa de los vientos hecha con tinta y contemporánea a todo el manuscrito.

Si el libro careció de paginación, si tiene sus signaturas o sea el registro de sus folios por medio de letras del abecedario, de la A a la Y. En la 1ª hoja de guarda hay escrito con tinta J.v.d., que es sin duda una antigua signatura o registro para catalogar el libro. En la cubierta última por la parte de adentro tiene una etiqueta que dice en dos renglones. "No. 190/B del Escorial", es tal vez ésta su más reciente clasificación, pues al frente del primer folio numerado con lápiz tiene otra signatura d. 98.4.7. A la vuelta de este mismo folio, dentro de un marco dorado con adornos en la parte baja, hay una miniatura que representa la Crucifixión de Cristo, y consta de cuatro figuras. El señor en la Cruz teniendo al pie de la misma a una Santa Mujer arrodillada, a un lado la Virgen María con su manto azul y las manos juntas en actitud de orar, al otro lado, con ropas talaras amarillas y verdes con un libro en la mano San Juan Evangelista. Completando la ilustración un fondo en que se miran unas peñas. El dibujo algo incorrecto pues es desproporcionado, pero de gran colorido y muy bien conservado muestra la mano todavía un poco torpe del indio, sobre todo en el paisaje rocoso, que tiene enorme parecido con las ilustraciones del Códice Florentino de Sahagún. Debió haber otra pintura frente del folio 86, pero por desgracia ha sido cortada con navaja, dejando las huellas de la mutilación en el folio 85 que está

semicortado. Esta miniatura ilustraba sin duda el segundo libro del manuscrito, pues al frente del tercero si está la ilustración que corresponde al folio 110. En ésta se ve a San Jerónimo arrodillado al pie de un árbol sobre cuyo tronco hay un crucifijo. A los pies del Santo un león echado y al fondo unos riscos como en la primera miniatura y muy parecidos a estos.

Además de estas ilustraciones, el manuscrito ostenta gran número de viñetas, algunas orlas y letras capitales. En estas ilustraciones abundan la representación de pájaros, flores y frutos y algunos otros animales, en cuyas ilustraciones se ve todavía mejor la mano indígena en una libre y espontánea manifestación de su arte autóctono supeditado ya a una nueva idea, la ilustración de un códice de tipo medieval. Sin embargo de la pericia artística innegable, hay en todo una reminiscencia de arte ancestral y los animales, como las flores y frutas tienen evidente parecido con las similares que ilustran el Códice Mendocino.

Los títulos de los capítulos escritos en tinta roja muy brillante, algunos en latín, la escritura gótica de gran belleza caligráfica del texto en lengua americana, las páginas manuscritas dentro de líneas rojas que las enmarcan, y en general el cuidado y esmero con que está escrito este precioso Códice, que tanto agradó al Rey Felipe II cuando le fue obsequiado y no obstante de estar trunco, son en verdad de una obra de arte. La inclusión de San Jerónimo entre las ilustraciones, puede atribuirse a que el libro fuera ejecutado originalmente para Mendieta el cronista que lo llevó a España, quien como es bien sabido se llamaba Jerónimo.

Felizmente, por viejos textos sabemos que quien más trabajó como amanuense y en especial en esta obra, fue el habilísimo indígena don Francisco Bautista de Contreras, distinguido alumno del Colegio de Tlatelolco.

La existencia de este libro, pone de manifiesto de manera absoluta, que los elogios de los cronistas referentes a la pericia de los indios y su aplicación a todo lo que significaba cultura, es en verdad incontrovertible.

Pero cerremos ya esta digresión y volvamos a tratar de nuestro distinguido colega, de quien la sola enumeración de sus obras, da la mejor idea de su notoria capacidad laboriosa.

Con la seguridad de que poco pueda escapárseme en la enumeración, encuentro como impresos salidos de su pluma dos tomos de Capítulos de Historia Franciscana. Historia del Norte de México, Coahuila y Texas. Los franciscanos en Provincias internas en Sonora y Ostimuri. Los Franciscanos en el misterioso Nuevo México Parva Crónica. Estudios Franciscanos. Documentos del Norte de México. Tlatelolco y el Imperial Colegio de Santa Cruz. El Beato Sebastián de Aparicio. Gregorio López, el hombre celestial. Historia de la Medicina en México. Juárez y sus amigos. Novela de un médico. La tragedia de un Rector.

Una Biología General que lleva ya dos ediciones, una Fisiología General también reimpressa, una Fisiología Humana y más de doscientos setenta y cinco artículos varios en la prensa. Nada puede hacernos dudar por tanto, que tenemos un compañero que realzará con preponderancia su título de Académico. Y si él se siente honrado en recibirlo, nosotros lo estamos también por tenerlo en nuestra compañía.

Señor doctor don Fernando Ocaranza, bienvenido seáis.